

El Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 30 DE MARZO DE 1862.

NÚM. 125.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Tipos del Ejército de la república Mejicana.—Vista general de la plaza de Melilla, con la de sus obras de fortificación.—Tipo del soldado del Ejército del Sur,

en la república de Méjico.—Vista de la ría y campo de Tetuan. Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Melilla.—Ejércitos en los tiempos antiguos.—Una triste epopeya.—Ensayo

sobre el carácter, costumbres y espíritu de las mujeres en las diversas épocas históricas.—Curiosidades.—Novela.—Advertencia.—Condiciones de la suscripción.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.

AS noticias que por ahora tenemos de la insurrección de Nauplia y sus consecuencias, pueden, en su totalidad, ser consideradas como no muy favorables á los que las han provocado. Los nuevos trastornos de Sira, acerca de los cuales damos á continuacion un parte bastante detallado, deben, por su mal éxito, haber producido un desengaño, mas bien que otra cosa, en los que se imaginaban poder concentrar en una sola accion todas las causas de disgusto y de mal estar que desde fecha atrasada existen en la nacion. Esto se halla por ahora muy distante. Los descontentos no forman cuerpo, se agitan ansiando el remedio; pero sus esfuerzos, privados de la uniformidad, única que podría darles vigor y carácter, se pierden en el aislamiento como las voces de socorro en medio del rugido de las olas y del viento.

Sin embargo, aun sería muy aventurada cualquiera opinion que se formulara acerca de aquellos sucesos, pues en realidad se notan en los despachos contradicciones

que, cuando menos, imponen una prudente reserva á quien no pretenda aventurar su juicio.

En efecto, mientras que las noticias propagadas por la legacion helénica de Viena, dan por terminada la insurrección, en la *Presse* se dice, por lo contrario, que sigue desarrollándose; que el Maina, pais que por su condicion topográfica é índole de sus moradores sería el mas importante para la insurrección, ha seguido tambien el movimiento subversivo; y finalmente, que la situacion del Gobierno es cada vez mas critica, pues por todas partes se niegan á pagar las contribuciones.

Como confirmando estas siniestras noticias ha circulado por Europa un despacho, cuyo testo es el siguiente:

«La situacion de Grecia ha decidido al Rey de Baviera á solicitar la intervencion austriaca en aquel país, poniendo á disposicion del Austria las tropas bávaras. El Austria ha contestado hallarse ya en negociaciones sobre este particular con Inglaterra y Francia. La primera de estas dos naciones ofrece á la segunda servicios importantes para determinarla á tomar la iniciativa de proteccion á la dinastía del Rey Othon.»

Hasta se añade que con este motivo se han estrechado singularmente las relaciones de eficaz amistad entre el Austria y la Gran-Bretaña.

Pero veamos qué es lo que ha sido la insurrección de Sira, que, como saben nuestros lectores, es una de las islas Cicladas con 40,000 habitantes, y en cuya capital del mismo nombre han sucedido los acontecimientos que vamos á referir. El despacho dice así:

Esta mañana (12 del actual) ha estallado en esta ciudad el movimiento insurreccional que hace ya días estaba amenazando y era fácil de preveer.

A las cinco, el Capitán Laozakos, Gobernador de la plaza, y la tropa puesta á sus órdenes, se han sublevado contra el Gobierno. Acompañados de algunas personas, entre las cuales figuraban los principales comerciantes y un Oficial desterrado de Atenas, han recorrido las calles gritando: ¡Viva la liber-



Tipos del Ejército de la república Mejicana.
(Remitido por D. I. V.)

T. IV.

13

tad! ¡Viva la nación! El pueblo se ha apresurado á unirse á ellos.

Las tripulaciones de los buques griegos, fondeados en el puerto, han seguido el mismo impulso; de manera, que las calles han sido recorridas por una multitud, que armada de lo primero que le ha venido á mano, sables, yataganes, pistolas, etc., se ha apoderado del polvorin y del palacio consistorial. Su primera diligencia ha sido cortar la comunicacion del cable eléctrico; luego se han precipitado todos los insurrectos hácia la aduana, y de grado ó de fuerza han hecho abrir los almacenes, en los cuales tenían la seguridad de encontrar muchas cajas de fusiles. La distribucion de estas armas se ha hecho, aunque de un modo irregular, en presencia de los comerciantes y armadores á cuyo cargo estaban consignadas. El pueblo, á proporcion que se iba armando, corria á reunirse con los que se hallaban ya en la Gran Plaza.

Luego se han dividido en numerosos grupos, que con repetidas aclamaciones han pretendido sancionar la sublevacion.

Una junta instalada en el palacio consistorial recibia las firmas de los que habian abierto una suscripcion á favor de los jornaleros que de resultas van á quedar sin trabajo. Casi todo el mundo ha puesto su firma.

Se temió por un momento que los moradores de la parte alta de la ciudad, pertenecientes todos al rito romano, creyesen interesada la religion en este movimiento, y como el Rey Othon es católico, tomaran la defensa de éste oponiéndose á la sublevacion. Nada de esto ha sucedido, y los hechos se han consumado del modo mas amistoso.

Sin el rumor de las armas que se oye resonar por todas partes, podria creerse que la ciudad está entregada á festivos regocijos, pues no ha ocurrido ni el mas pequeño desórden.

El clero se ha unido á la poblacion y ha cantado el *Te Deum*.

Una comision municipal compuesta de 14 miembros designados por la suerte, se ha encargado de la direccion de los asuntos. Su primer cuidado ha sido organizar una guardia urbana que se ocupará de mantener el orden y la seguridad individual.

Se han pedido á la compañía griega dos buques de vapor que vayan á Thermia y á las demás islas á buscar desterrados políticos para concentrarlos en esta ciudad.

A las cinco de la tarde el buque se halla en disposicion de partir. La ciudad sigue tranquila, sin mas precaucion que el mantenerse cerrados los establecimientos de bebidas.

El telégrafo dió noticia del fin de este singular drama, diciendo:

«Los insurrectos que á bordo de un pequeño vapor se habian trasladado á la isla de Kydnos, han sido arrestados en masa.»

Estas noticias y otras no menos vagas que podriamos dar acerca de la sorpresa que se dice hecha por el General Hahn á los insurrectos de Nauplia, adquieren alguna importancia si, opinando con la *Patrie*, no se creen estrañas á la accion de la política inglesa.

Parécete imposible á dicho periódico el poder explicar no siendo así ciertas instrucciones muy detalladas y terminantes recibidas en Malta antes de proclamarse la insurreccion.

Queda, por consiguiente, esta cuestion á pesar de la paladina franqueza de los hechos, envuelta en el misterio de esas provocaciones tenebrosas, de esos sordos rugidos que desde hace algunos años mantienen en continua alerta á las naciones de Europa.

Garibaldi prosigue su visita de inspeccion á las sociedades de tiro. A la multitud que al entrar en Milan se apiñó para victorearlo, dirigió desde un balcon palabras, cuyo sentido era: «Que no se cansaran de adiestrarse en el manejo de las armas, y que por último les prometia conducirlos á Venecia y á Roma.»

En Turin se da por seguro el aumento de las divisiones militares por causa de la fusion del ejército meridional con el activo.

M. Ratazzi, interpelado en la sesion del 21 por lo tocante á la situacion de las provincias del Mediodia, ha contestado que el Gobierno se ocupaba de medidas para destruir el brigandaje.

En tanto el General Goyon parece haber circulado orden

á todos los Comandantes de puestos á lo largo de las fronteras de los Estados de la Iglesia, previniendo que únicamente las tropas francesas son las autorizadas para ocupar aquella linea. Interpretase esta medida como encaminada á impedir se instalen en alguno de aquellos puntos destacamentos romanos que puedan mantener relaciones con las partidas reaccionarias de Nápoles.

En despachos de Ragusa, fechados el 21, se habla de un combate que Dervisch-Bajá ha dado á los insurrectos, obligándolos á retirarse precipitadamente de sus posiciones. Los montenegrinos se estaban preparando para una gran batalla.

La sublime Puerta parece resueltamente decidida á tomar enérgicas medidas contra el Montenegro, así por lo menos se deduce del siguiente párrafo de la circular expedida con este motivo.

«Hoy no caben ya dudas acerca de las intenciones de los montañeses. El Ejército imperial que se ocupa en la Herzegovina de la sumision de los rebeldes, tiene que combatir contra un enemigo sostenido francamente por personas que gozan de una segura impunidad.»

Las noticias que por lo tocante á la guerra se han recibido últimamente de los Estados-Unidos tienen poca importancia, y se limitan á confirmar hechos anunciados anteriormente.

Dicese que M. Seward prepara una nota diplomática por lo concerniente á los negocios de Méjico, protestando enérgicamente contra todo proyecto de monarquía en aquel país.

INTERIOR.

En la manera con que son acogidas las noticias de la expedicion de Méjico, dice un periódico alemán, se comprende el distintivo carácter de cada una de las tres naciones que han tomado parte en él.

«Los ingleses, llenos de confianza en sus propias fuerzas, han lanzado el dado y lo ven girar con estóica diferencia. Los brazos tendidos sobre la costa mejicana obedecerán estricta y omniómodamente al impulso que les dé la cabeza establecida en San James. Esta seguridad es la mas satisfactoria garantía de buen resultado. Nada perturba, nada acelera, nada contrasta el desarrollo del plan que en último resultado se ha creído conveniente. Los detalles favorables ó adversos nada significan á quien se dirige con toda firmeza de carácter á un objeto, y ni aun el mal éxito de este turba ni inquieta la conciencia satisfecha de la bondad de su causa, y de los medios empleados para hacerla triunfar. Esta impertérrita conviccion puede decirse que lleva encaenada la victoria á donde quiera que vaya.»

Los franceses, cediendo demasiado al arrebató de su imaginacion, parece que siempre están en busca de aquel *mas allá* en que un elegante poeta coloca el trono de Dios al recorrer la inmensidad del espacio. Aquel General es débil; aquel otro predomina; retiremos este; pongamos aquel.... No haria mas una tímida madre en un parasismo de nerviosa ternura. ¡Qué de combinaciones de planes! ¡Qué de sutilezas! ¡Y lo peor es que cerca de esa elocuente declamadora existe otro pueblo!

Los españoles, impresionable y tan capaz por su predilecta organizacion de la supuesta indiferencia británica, como de la escénica inquietud de su vecina.

Desgraciadamente (sigue siempre hablando el periódico alemán), hace dias que por lo que podemos inferir de las noticias que de ese simpático pueblo recibimos, parece dejarse llevar mas bien de los sobresaltos de la segunda, que del ejemplo de la primera. Entrando en el terreno de diplomáticas sutilezas, febricitante y sintiéndose poseer de vértigos de ternura, llegaria al extremo de revelar sus propias flaquezas si las tuviera.

No fué esa, seguramente, la grave tranquilidad con que los Cortés y los Pizarros plantaron el pabellon de Castilla en aquellas regiones; no es esa la incontestable resignacion de la conciencia satisfecha de sus obras....

Nada hay que nos autorice por ahora, concluye diciendo, el creer contagiado en ese sentido el Gobierno de aquel generoso pueblo; aplausos, seguramente, nos merece por su marcha decidida, por su franca resolucion; pero si la prensa periódica es el eco ingénuo de la opinion pública,

mucho tememos que al fin se propague el contagio, y que la gota de agua que por su inmovilidad habria llegado á cristalizarse, no vaya á perder su limpidez corriéndose á lo largo del muro.»

Así concluye el diario alemán, y como sus observaciones son por lo menos obra de la simpatía que nos profesa, nos acomodamos á ellas y desistimos de entretener á nuestros lectores con cartas de Veracruz, que tal vez no han necesitado mas que un sello para el interior.

F. M.

MELILLA.

La antigua *Rusadir*, aquella en otros tiempos ciudad de la provincia de Garrett, límite del imperio marroquí circunscrito por el Mediterráneo; aquel foco de piratería que en 1496 fué destruido por las armas de Castilla á las órdenes de Pedro Estopiñán, y fortificado de manera que nunca mas ha podido ser recobrada por sus antiguos dueños; MELILLA, así denominada, segun dicen, por la abundancia de rica miel que se recoje en sus inmediaciones, hoy destinada únicamente para colonia penal, es la ciudad cuya perspectiva ingeniosamente tomada presentamos en este número.

Interminable seria el referir la historia militar de esta plaza, que desde aquella fecha puede decirse que continuamente ha tenido que sostenerse en estado de bloqueo, no solo por la obstinacion de las cinco alcahías ó partidos que la rodean, y cuyos nombres son Benezicar, Mazuce, Bene usidel, Benifuror y Benegullafar, sino que tambien por lo récio de los temporales que la mantenian incomunicada.

Nos concretamos, por consiguiente, á la descripción de la plaza, tal cual hoy existe, esto es, poco mas ó menos, en la forma que la dejó el terremoto sufrido durante la noche del 11 de febrero de 1848.

Ocupa la plaza una península unida al continente por un istmo de roca de 121 varas de longitud, 95 de latitud y 35 de elevacion sobre el nivel del mar. Desde la muralla real hasta la última linea avanzada de que puede disponer la plaza, media un espacio de 800 varas, y entre sus fortificaciones exteriores hay unos fuertes de admirable feracidad.

Lo escarpado y elevado de la peña que constituye el frente Norte de la plaza, la hace inaccesible por este lado; el frente Este que mira al mar tiene un antepecho y en su mitad un torreón de figura elíptica, y en el ángulo Sur otro cilindrico llamado de las Cabras. En el frente Oeste está la puerta de la plaza y el torreón de Santiago con las correspondientes minas de comunicacion á los fuertes exteriores.

Una roca con diversas é irregulares elevaciones, separada del mar por un foso de 100 varas de largo abierto artificialmente, constituye lo que puede llamarse el primer recinto. Su segundo y tercer recinto se estienden con las obras exteriores en el continente en esta forma:

Figuran como obras de fortificacion y defensa en el primer recinto el torreón de Anteojo, el de la Muralla Real, batería de la Concepcion, la llamada Alta, el Bonete, torreón de Cabras, el de la Florentina, el de San Juan, el de Avanzada, el de la Cal y la batería sobre la Maestranza. En la marina perteneciente á este recinto se hallan el fortin de San Antonio y la batería de San Luis, las puertas de la Avanzada, la de la Marina, la de Florentina y la del Socorro.

En el segundo recinto se comprenden la batería de la plaza de Armas, los baluartes de San José (Bajo y Alto), baluarte de San Pedro con flanco bajo, el cuartel de tropa y confinados, el cuerpo de guardia, y la plaza y puerta de Armas.

El tercer recinto se compone del baluarte de San Fernando y el de las Cinco Palabras.

Por último, forman las obras exteriores la luneta de San Felipe y Santa Isabel, el fortin del Espigon y el del Carmen, la torre de Santa Bárbara, el reducto de San Miguel y el de San Carlos, los fuertes de la Victoria Chica y Grande, el del Rosario, la luneta de San Antonio, la batería que defiende el foso de San Miguel y el rastrillo de Espadas.

La mayor parte del recinto exterior está dominado á tiro de fusil por las alturas del Ataque Seco y del Tarara, y viene apoyándose por su flanco derecho en una cortadura que baja hasta el mar, coronada como las demás obras con su correspondiente artillería.

Las calles de la ciudad son desiguales é incómodas, pero muy limpias. El terremoto de que hemos hecho mención destruyó muchos edificios; pero aun se conservan algunos que salieron ileso de aquella catástrofe, y entre ellos figuran la iglesia, el pabellon del clero castrense, la botica real, el parque y maestranza de ingenieros, los cuarteles de la compañía de preferencia, la torre del vigía, la casa del Comandante de ingenieros y el hospital real.

Abunda la plaza de Melilla en agua potable, y tiene además dos magníficos aljibes que recojen todo el agua llovizna, pudiendo el uno contener 30,000 quintales y 6 libras de agua, y el otro 4,995 quintales y 92 libras.

Los almacenes son espaciosos, contruidos todos á prueba de bomba y capaces de contener municiones y víveres para 10,000 hombres durante un año.

Debajo de las casas y alrededor de la muralla de mar, hay cuevas ó habitaciones subterráneas para colocar las oficinas y hospitales en caso de guerra.

Dos muelles ó desembarcaderos permiten acercarse las naves á la plaza. El uno, denominado de la Marina, está defendido por los fuertes de San Luis y San Antonio, bajo la protección de la batería de San Felipe y el del torreón de San Juan. Un puente levadizo que da paso á la poterna del principal, establece la comunicacion entre este muelle y la ciudad.

El otro muelle, denominado de la Florentina, está defendido por el torreón de las Cabras, la batería de Enmedio, la de la Parada y el baluarte del Bonete, puntos de la muralla del mar, que por aquel flanco se prolonga hasta el baluarte de la Concepcion.

En la plaza de Armas hay una gran noria que surte de agua los cuarteles inmediatos, y en la mina de comunicacion con el fuerte de San Miguel brota una fuente de esquisito raudal.

Las esplanadas son espaciosas y en ellas está el cementerio y las ruinas de un hospital, que descuellan sobre los vestigios de jardines que allí existieron.

Cercan la plaza á tiro de cañon las alturas de San Lorenzo, Santiago, San Francisco y el Cerro de la Horca, que en algun tiempo estuvieron coronadas de fortificaciones españolas.

Las cinco alcalahías que hemos dicho bloquear constantemente á Melilla dan cada tres dias un destameto de doscientos hombres, bajo las órdenes de un moro principal que denominan Cabo.

S. C.

EJÉRCITOS EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS.

En Grecia, durante un largo espacio de tiempo, todo hombre libre, al llegar á cierta edad, estaba obligado á tomar las armas á la primera invitacion de las autoridades. Solo se dispensaban de este servicio en Atenas los esclavos por su condicion abyeeta, los que ejercian un oficio que directamente redundaba en beneficio del Tesoro Público, á fin de que este no viniera á menos, y ciertos hombres escogidos para bailar en las fiestas de Baco, por el indecoroso papel que en tal caso tenían que representar. A los 18 años de edad, los atenienses se empleaban en guarnecer la ciudad, á los 20 podian tomar parte en una expedicion, honor que no se concedia en Esparta hasta los 30 años. En general, el tiempo de retiro absoluto era á los 60, pero en Atenas, solamente en el caso de perentoria necesidad, desempeñaban el servicio activo los hombres de 40 años.

Al dar Eumeno la última batalla á Antigono, tenía en su Ejército el célebre cuerpo de los *Argiraspides* (escudos de plata) compuesto de soldados que habian servido con Filipo y Alejandro. «El mas joven de aquellos soldados, dice Diodoro, tenía en aquella época cerca de 60 años, algunos contaban 70 y aun los habia de mas edad. Así es que todos sobresalian en práctica militar y su bravura era irresistible... Su ataque fué tan impetuoso, que si bien tuvieron que combatir contra toda la falange de Antigono, pasaron á cuchillo mas de 5,000 hombres y derrotaron toda la infanteria que era muy numerosa, con muy poca pérdida por su parte. «Sin perder un solo hombre, dice Diodoro.»

La infantería, que formaba la principal fuerza de los

ejércitos griegos, se componia de tres clases de tropas á saber: los *hoplitas*, soldados cubiertos de una pesada armadura, ancho escudo y larga lanza; los *psilos*, soldados de arma arrojadiza armados á la ligera, y los *peltastes*, que ocupaban un término medio entre las dos primeras clases. Los griegos no tenían caballería durante la famosa guerra de Troya, pero la reemplazaban en cierto modo los carros de guerra. En Maraton los atenienses carecian tambien de caballería y de tropas ligeras. Por esa razon, dice Herodoto, los persas, al verlos correr hácia el combate, creyeron ser dementes que venian á inmolarse. En Platea, el ejército de los confederados, parece que tampoco tuvo caballería, y así se explica la razon de haber sido los únicos pueblos que no abrazaron el partido de los persas.

«Lo que indudablemente retrasó la época de tener caballería los atenienses, fué la poco favorable disposicion del Atica para los pastos. Por último, tuvieron un cuerpo de caballería ligera, compuesto de 200 arqueros montados. Mereció este cuerpo tan poca consideracion, que cualquiera ateniense se juzgaba deshonorado por servir en él. Es de notar que el descrédito en que cayeron estos ginetes, solo consistió en la circunstancia de poder retirarse con demasiada velocidad del campo de batalla.»

Al principiár la guerra del Peloponeso, Pericles presentó á los Magistrados un cuadro de las fuerzas, y figuraban ya 1,200 hombres montados, comprendiendo el cuerpo de arqueros.

Cuando la expedicion de Sicilia, la escuadra de Atenas solo tenía una nave para el transporte de caballos, y segun Tucídides se empleó con 30 ginetes.

Los de Caria, provincia occidental del Asia Menor, fueron los primeros griegos que vendieron sus servicios á precio de dinero, y su nombre llegó por esta razon á ser infame. Poco á poco las necesidades y las continuas guerras fueron disipando esa prevencion, y por último, gran parte del ejército vino á componerse esclusivamente de mercenarios.

En tiempo de la guerra de los aliados, Isócrates se lamentaba de que los atenienses hubieran abandonado el ejercicio de las armas, y de que no se emplearan para este objeto mas que criminales, desertores y vagamundos, sin patria, y tal vez dispuestos á venderse contra el Estado, cuando los apuros del erario no permitian contentar la codicia de aquellos. Cuando el oro y la plata, sigue diciendo, abundaban en la ciudadela, todos los ciudadanos miraban como una honra el deber de empuñar las armas.

Los griegos llevaban á la guerra sus esclavos, y estos por lo general llegaban á ser mas numerosos que los hombres libres. Cada espartano, á semejanza de lo que posteriormente se vió hacer á los caballeros en la edad media, llevaba á la guerra una comitiva de siete ú ocho ilotas. En los ejércitos de tierra el número de hoplitas montados era doble que el de los ginetes ligeros. Cada hoplita tenía un criado que le llevaba su equipaje, sus provisiones y escudo (1). Esta costumbre facilitaria el servicio del guerrero; pero tambien produciria en el ejército un número muy considerable de merodeadores.

Los thesalianos empleaban sus esclavos de Penestre en la caballería; y si se distinguían en los combates, los recompensaban concediéndoles libertad. Esto mismo hicieron los atenienses con los esclavos en Maraton y Qurronea.

Para dar una idea de la composicion de los ejércitos griegos en las diversas épocas, recordaremos el número de tropas que concurrieron en algunas de sus célebres expediciones.

En la batalla de Platea los griegos tenían 58,700 hombres de infantería pesada y 69,300 soldados ligeros, sin contar 1,800 tespianos: los espartanos habian contribuido con 5,000 hombres, seguidos de 35,000 ilotas armados á la ligera, y los atenienses no tenían mas que 8,000 hoplitas y otros tantos pertenecientes á la infantería ligera.

En la primera guerra del Peloponeso, cuando los atenienses invadieron Megareda, su ejército, dice Tucídides, fué el mas numeroso de cuantos hasta entonces se habian visto reunidos en el campo antes que la peste desolase aquella ciudad. Los atenienses solos no presentaban menos que un

cuerpo de 10,000 hoplitas, además de los 3,000 que se habian quedado en Potidea. Otros 3,000 hoplitas por lo menos tomaron parte en esta expedicion, sin contar un numeroso cuerpo de tropas ligeras. Plutarco (en la *Vida de Pericles*) asegura que al principio de esta misma guerra habia 60,000 hoplitas en los ejércitos reunidos del Atica y Beocia. El número total de estas tropas debió subir á 120,000 hombres; pues cada hoplita, segun hemos hecho ya observar, llevaba consigo un hombre armado á la ligera.

El ejército que aquel mismo pueblo envió á Sicilia se componia de este modo, segun dice Tucídides:

Los hoplitas componian un total de 5,100 hombres, de los cuales eran atenienses 1,500, y 700 soldados de marina: lo restante eran tropas aliadas ó de ciudades sujetas á Atenas, incluyendo 500 hombres suministrados por Argos: tambien habia 250 soldados procedentes de Mantinea y mercenarios. Los arqueros componian un total de 480 hombres, de los cuales 80 eran de Creta, y además habia 700 honderos de Rodas y 120 espatriados megarenses armados á la ligera.

El ejército que Alejandro llevó al Asia para conquistar el imperio de los persas se componia, segun Diodoro, de las siguientes tropas.

En infantería, de 12,000 macedonios, 7,000 aliados y 3,000 mercenarios. A estos hay que añadir 3,000 odriscos, tribales é ilirios, y 1,000 arqueros agrinianos; de modo que el total de la infantería se elevaba á 30,000 hombres. En la caballería figuraban 1,500 macedonios, 1,500 tesalios, otros 600 ginetes suministrados por los griegos, y por último, 900 batidores tracios y peonios; componiendo entre todos un total de 4,500 ginetes.

Nada eran estos ejércitos en comparacion de las innumerables tropas que los soberanos del Asia ponian en pié para sus expediciones, y en las cuales, decia Jerjes con mucha oportunidad, que habia tantos hombres y tan pocos soldados.

Semiramis llevó á su expedicion de la India un ejército, compuesto, segun dice Diodoro, de 3,000,000 de infantes, 300,000 ginetes y 100,000 carros de guerra; y mas de 100,000 hombres montados en camellos y armados de espadas de cuatro codos de longitud.

Segun el mismo historiador, el hijo de Semiramis, Nino II, reclutaba su ejército de un modo bastante particular, que si bien lo haria á propósito para comprimir revoluciones, debia ser de muy poco valor al tratarse de una guerra con el extranjero.

Para seguridad de su imperio y á fin de mantener á sus súbditos en la obediencia, levantaba anualmente cierto número de soldados, cuyos jefes eran elegidos en cada provincia: reunia todas estas tropas fuera de la capital, y daba á cada nacion un General adicto á su persona; al fin de cada año licenciaba estas fuerzas y volvia á imponer otras levadas. La presencia de tan numeroso ejército constantemente acampado imponia respeto á los rebeldes, pues era tener una espada desnuda diariamente sobre su cabeza. La renovacion anual de las tropas producía además el resultado de separarse los jefes y los soldados sin haber tenido apenas tiempo de conocerse, con lo cual se evitaban con frecuencia revoluciones que nacen de la excesiva confianza que inspira el trato continuo y frecuente.

S. C.

¡UNA TRISTE EPOPEYA!

(Cuadros episódicos del sangriento drama que se representa en Siria.)

XV.

LA LANGOSTA.

Ya brillaba el sol; eran las cuatro de la mañana: púrpuros destellos iluminaban la admirable llanura de Damasco, que mas arriba procuramos bosquejar; y lo único que animaba la desierta campiña eran nubes de aves de varios colores y resplandeciente plumaje.

Tres corceles, montados por sus caballeros, salian á trote corto de la gran ciudad en direccion al camino de las montañas. Una pequeña caravana compuesta de asnos y tres camellos cargados con bagajes seguian á corta distancia: los ginetes eran Paterson, Sir Guillermo, y un francés que frisaba en los cuarenta años; alto, gracioso y de noble apostu-

(1) Otro tanto sucedió en Roma, pues consta que pasando Caton revista á la caballería preguntó á uno de los ginetes: ¿Cómo estás tan flaco y el caballo tan gordo? Porque mi criado cuida el caballo, y yo no tengo nadie que cuide de mí, contestó el interpelado.

ra, llamado M. Lerno, el cual, dirigiéndose á Paterson, iba diciendo:

—¡Confesemos que estos degüellos son horribles, y que es una abominación!

—¿Qué nos importa á nosotros? Vos sois francés, yo soy inglés, y...

—¿Cómo! exclamó con viveza Lerno. Antes que ingleses y franceses somos hombres, y pertenecemos á la gran familia de la humanidad...

—¿Pues los intereses de la humanidad, interrumpió Pa-

terson, en qué consisten? En extender lo mas posible los límites del comercio...

—Inglés, añadió Sir Guillermo.

Paterson sonrió con aprobacion, y repuso á M. Lerno:

—Pero vamos á ver; vos todo lo creis. ¿Estais seguro que se hayan perpetrado semejantes asesinatos?

—¿Cómo no! dijo aquel con acento de indignacion. ¿Y Deir-el-Kamar, y Zahlé, y cien aldeas destruidas por las llamas, y 10.000 cristianos asesinados, y los cadáveres que siembran el Líbano? ¿Negareis eso?

—Algun motincillo creo que hubo; pero ¡no tanto!

—Pero vos, que ayer estabais en Damasco, ¿no habeis conocido que la atmósfera está cargada de amenazas?

—Lo que noto es que los negocios son nulos por el momento, y preveo una crisis.

M. Lerno alzó los hombros con enojo.

Paterson murmuró por lo bajo palabras que no pudo comprender M. Lerno.

¡Hao! hizo de pronto Sir Guillermo, alzando la nariz.

—¿Qué ocurre? preguntó Paterson.



Vista general plaza de Melilla.

- 1 Anteojo ó vista del campo del moro.
- 2 Parque de artillería.
- 3 Plaza mayor ó de algibes.
- 4 Iglesia única y calle de su nombre.
- 5 Baluarte de la Concepcion.
- 6 Almacén de pólvora.
- 7 Casa del Gobernador.
- 8 Rampa de las peñuelas.
- 9 Cortina alta de la parte del Norte.
- 10 Batería del bonete y villa de mar.
- 11 Hospital militar y civil.

- 12 Plaza y batería del Socorro.
- 13 Puerte de Florentina Alta.
- 14 Playa de la Florentina Baja.
- 15 Casa del Veedor.
- 16 Puerte de San Antonio y batería de San Juan.
- 17 Playa de la marina.
- 18 Puerte de San Luis.
- 19 Idem de Santa Isabel.
- 20 Batería Real.
- 21 Puerte de la avanzadilla.
- 22 Plaza de armas y Cuartel de tropa.

- 23 Cuarteles de presidarios.
- 24 Baluarte de San José.
- 25 Batería de San Fernando.
- 26 Puerte baja del foso de San Fernando.
- 27 Idem para salir al Mantelete.
- 28 Puerte del Mantelete.
- 29 Puerte de San Jorge.
- 30 Estacada de dicho fuerte.
- 31 Puerte baja para entrar á los huertos.
- 32 Idem del foso de los Carneros.

- 33 Cuarteles de San Fernando.
- 34 Puerte de Santa Rita ó del Galápagos.
- 35 Foso de Carneros.
- 36 Puerte de San Felipe.
- 37 Huertos de la plaza.
- 38 Puerte del Carmen.
- 39 Idem de Santa Bárbara.
- 40 Idem de Tenazas, inútil.
- 41 Idem de San Miguel.
- 42 El Campo Santo.

- 43 Puerte del Rastrillo de Espadas.
- 44 Idem de San Carlos.
- 45 Idem de P. taforma.
- 46 Carita de San Bernardo.
- 47 Puerte de Victoria grande.
- 48 Puerte de Victoria chica.
- 49 Puerte de la línea de Estacas.
- 50 Puerte de Santa Lucía.
- 51 Idem de San Antonio de la estacada.
- 52 Idem del Rosario.

- 53 Muralla de la Cortadura.
- 54 La Cantera.
- 55 Cariton de la Alcaraba.
- 56 Puerte de los Viejos, inútil.
- 57 Camino cubierto.
- 58 Rincon del mar llamado el Galápagos.
- 59 Ataquillos de los moros.
- 60 Ataque Rojo de idem.
- 61 Idem seco de idem.
- 62 Idem verde de idem.

- 63 Idem hondo de los moros.
- 64 Batería blanca de idem.
- 65 Pueblo de cabrerizas, de moros.
- 66 Ataque y cañon de la Higuera de idem.
- 67 Cuarteles de Santiago de idem.
- 68 Vega del lado N. de Santiago.
- 69 Pueblo de Frajana de moros.
- 70 Casa del Moro Laguaris.
- 71 Camino cubierto de los moros.
- 72 Alto de San Lorenzo y cañon de idem.

- 73 Ataque del marillo ó de tarara de los moros.
- 74 Idem de las chumbas de idem.
- 75 Idem del Río.
- 76 Vega del Río y campo del moro.
- 77 Río Guajuar.
- 78 Playa que conduce al Mantelete, y es por donde vienen los moros á parlamentar y traer sus efectos de venta.
- 79 Desague del río Guajuar en el mar.
- 80 Mediterráneo.

—¡Una mancha en el cielo!

Efectivamente al Este de Damasco, encima de la fértil llanura, acababa de aparecer de repente en el firmamento, puro y sin nubes, una mancha oscura que se iba agrandando á ojos vistos.

Sir Guillermo se quedó absorto, con la boca abierta: ¡Hao! hacía simplemente. Esas manchas se aumentaban por instantes con increíble rapidez, y un rumor sobrado extraño, agudos chirridos, parecían sentirse bajando del cielo. Los viajeros se habían parado.

Poco tardó en oscurecer todo el horizonte; una nube mas compacta y mas sombría que todos los vapores condensados,

proyectó sobre la tierra espesas tinieblas, y del seno de esas tinieblas se armó un fracaso mas terrible, mas espantoso que el estrépito del trueno, por ser mas continuado, aumentando mas el horror.

La nube se bajaba progresivamente y se aplanó de un golpe; luego tropezó contra la cima de los cerros, cubrió la falda de las colinas y se extendió por último en la tierra. Solo entonces reapareció el azul del firmamento, lució el sol resplandeciente y alumbró el espectáculo mas extraordinario.

La llanura toda, las colinas, los árboles, las techumbres de las casas vecinas desaparecieron materialmente bajo una

capa verduzca y espesa, que rechinaban, se rozaban, chillaban y hornigueaban, agitándose como las ondas borrascosas.

Huían despavoridos los animales, crugían los árboles y el suelo gemía.

Oíase un zumbido que ensordecía, general é incesante, en tales términos que el suelo parecía poseer una voz, ó mas bien millares de voces. Producía la ilusión de un número inmenso de calderas enormes llenas de agua y todas á la vez en ebullicion.

—¡Los saltamontes! ¡Las langostas! exclamó M. Lerno. ¡La llanura está perdida!

aspecto del crudo invierno que sucede lamentablemente á toda primavera. En aquel instante mismo, pero en direccion opuesta de la fuga de las langostas, esto es, hacia Damasco, estalló un ruido espantoso, que sofocó á poco una terrible descarga de fusilería.

—¡Dios! exclamó M. Lerno. ¿No digo? ¡El degüello!... ¡Las langostas nos han retrasado, y van á causar nuestra muerte!

Los maronitas conductores de las acémilas exhalaban gritos de terror.

—¡Los drusos! exclamaron algunos señalando á Damasco.

—¡Los drusos! repitieron otros, designando la montaña. A la nube de las langostas sucedía otra de drusos; es de-

cir, que volvia el exterminio bajo nueva forma sobre esa tierra ya talada. Ginetes sable en mano salían á escape por las puertas de Damasco, dirigiéndose á las casas de recreo de los cónsules cristianos.

Luego, mas drusos se precipitaban de lo alto de las montañas cual bandada de aves de rapiña, ávidas de sangre y de carnicería, con la espingarda enarbolada, ahullando amenazas de ruina y mortandad.

Sir Guillermo permaneció como fascinado. Notándolo Paterson, le dijo:

—¡Animo, Sir Guillermo; nada temais: ese excelente Mal-houn Khatoun me ha provisto de un salvo-conducto.

—¿Sereis todavía capaz de negar la degollina? dijo M. Lerno, señalando á Damasco.

—Hasta ahora solo veo hombres á caballo recorriendo la llanura sin meterse con nadie, repuso con impertinencia Paterson; y picando espuelas él y Sir Guillermo, dejaron al señor Lerno atrás con su caravana y sus maronitas. Justamente los drusos llegaban hacia ellos y los rodeaban.

—¡Valor! exclamaba M. Lerno á los suyos. ¡Teneis vuestras armas con que defendeos!

—¡Pero qué podian hacer diez hombres contra 200?

Una lluvia de balas cayeron sobre la caravana y los maronitas fueron derribados, aplastados y muertos, y en un

abrir y cerrar de ojos los fardos fueron saqueados. El desdichado francés se defendía él solo contra cinco drusos, luchando como un león. Ya no podía resistir más, y se defendía instintivamente con la culata de su fusil, cuando de repente dos ginetes cayeron como el rayo sobre el grupo formado por los drusos en derredor de Lernoy, cayendo algunos de aquellos con el pecho abierto y hendidos los cráneos como derribados por brazos de gigantes.

—¡Uno, dos, tres! gritó una voz sonora.

—¡Y cuatro! añadió otra voz.

Resonó un pistoletazo y un corcel druso huía arrastrando en pos su jinete, el pie enganchado en el estribo. El último asesino emprendió la fuga exhalando gritos feroces: Lernoy estaba estupefacto.

—¡Abul-Abbas! exclamó por fin. ¡Tú disfrazado de druso!

—¿Y cómo hubiera podido llegar hasta aquí de otro modo? repuso el cazador de panteras.

—Y el caballero de *Villeneuve*! volvió a exclamar Lernoy, reparando en su segundo salvador.

—¡Vamos pronto; cubrios de un albornoz, tomad un turbante, despojad esos cadáveres, gritó Abul-Abbas, y bendicid las langostas, porque sin ellas eráis perdido! Todo lo sabéis; pero ahora, pronto a Damasco.

Inmensas llamaradas se alzaban por encima de las murallas de la gran ciudad, y el ruido incesante de las descargas de fusilería mezclábase á vociferaciones infernales.

—¡Oh, Deir el-Kamar! murmuró Enrique, cerrando los ojos como queriendo sustraerse á tan tremendo espectáculo, que le renovaban tan punzantes recuerdos.

Abul-Abbas lo arrastraba consigo.

(Se continuará.)

PEDRO DE PRADO Y TORRES

ENSAYO

SOBRE EL CARÁCTER, COSTUMBRES Y ESPÍRITU DE LAS MUJERES EN LAS DIVERSAS ÉPOCAS HISTÓRICAS.

(Continuación.)

Otra suprema ley imponía á los cristianos el deber de amarse y favorecerse con fraternal ternura. A consecuencia de esa ley, el sexo mas virtuoso y tierno modificó aquella sensibilidad, cuyo abuso reprobaba la religion, y la dedicó esencialmente á consumir actos de fraternal compasión. Entonces se vió el sublime espectáculo de la mujer, luchando contra la natural molición de su sexo, recorrer los asilos de las enfermedades y la miseria, prodigando consuelos y respirando la infectada atmósfera que allí predominaba.

A grande altura se había elevado la dulce compañera del hombre; pero el espíritu del mal todavía le preparaba nuevo combate en otro terreno: el cristianismo debía darle nueva virtud para no sucumbir en la lucha.

Si una mujer trueca los queridos idólos de su vanidad, los brazaletes, las sargas de perlas y las diademas por el triste privilegio de poder penetrar en una mazmorra á lavar las hediondas úlceras de algun confesor de la verdad; si abandona los dorados salones por ir á mitigar la sed del que en la abrasada arena del circo espera el terrible momento de verse entre las garras de las fieras, no ejecuta aquella mujer su heroico propósito con menos peligro que si armada de un parricida puñal fuese sorprendida junto al lecho de su esposo. Aquellas palabras de consuelo que va á murmurar al oído del que batalla con la muerte; aquella solicitud en ofrecer su fraternal ternura al que padece; aquella abnegación en compartir ajenos dolores para aliviarlos, acciones son que el espíritu del mal reprueba con no menos severidad que si la sorprendiera alargando la envenenada copa al autor de sus ideas. Para la inofensiva virgen que baja á las catacumbas á apagar la sed del que ha sido medio devorado por las llamas; para la noble matrona que se ha desprendido de sus galas á fin de que no perezcan de necesidad los tiernos hijos del mártir; para esas sublimes mujeres enrojece también el verdugo las tenazas de hierro, y el bestiario irrita el furor de los leones en el circo. Aquellas humanitarias virtudes, que habrían llenado de asombro á los héroes de la antigua Roma, eran á modo de horrendos crímenes si se practicaban en nombre de la nueva religion. Así convenia

para que las nuevas creencias tomaran una solidez incontrastable: el espíritu del mal debía agotar todas sus fuerzas para que el árbol de vida estendiera tranquilamente sus benéficos ramos.

Hay un valor frío que nace de la razón; es intrépido, sereno, y el que distingue á los filósofos y á los hombres de Estado. Hay otro valor de imaginación, que es ardiente, impetuoso, como hijo de la exaltación del ánimo.

El valor que demostraron las mujeres durante aquella lucha decisiva, participó de las mas nobles cualidades del uno y del otro. Fué sereno para resistir á las mas tentadoras y prolongadas insinuaciones; fué impetuoso hasta el punto de correr á lanzarse á las hogueras y entregar sus delicados miembros al indomable furor de sus bárbaros enemigos.

Esta revolucion en las ideas, produjo, como era de esperar, otra en los escritos. Todos aquellos que se ocuparon de las mujeres tuvieron que ser austeros y puros como ellas. Casi todos los doctores de aquel tiempo, puestos simultáneamente por la Iglesia en el número de los oradores y los santos, alabaron á porfía á las mujeres cristianas; pero el que con mas elocuencia y celo se ha ocupado de ese asunto es aquel San Gerónimo, que dotado naturalmente de un alma de fuego pasó ochenta años escribiendo, batallando consigo mismo y venciendo; cuyas costumbres probablemente eran mas austeras que las inclinaciones; que en Roma tuvo por discípulas mujeres de las mas ilustres; que rodeado de bellezas se libró de debilidades sin poder librarse de la calumnia, y que huyendo finalmente del mundo, de las mujeres y de sí mismo, se retiró á Palestina, á donde vino también á perseguirle todo lo que había dejado, atormentándole bajo el cilicio, y oyendo en la profunda calma de los desiertos resonar el tumulto de Roma. Tal fué el eminente varón que en el siglo IV escribió el panegirico de las mujeres cristianas. Ese escritor ardiente y sagrado, ese talento impetuoso y sombrío, modificó en mil pasajes su estilo para alabar á las Marcellas, Paulinas, Eustaquias y otra multitud de ilustres romanas que en el Capitolio habían abrazado la austeridad cristiana y aprendían en Roma la lengua de los hebreos para comprender los libros de Moisés.

A la caída del imperio y cuando las hordas de bárbaros que lo inundaron se pusieron de acuerdo para repartirse sus despojos, el cristianismo se trasmitió de los vencidos á los vencedores como para dulcificar las costumbres de estos últimos; las mujeres fueron casi en todas partes las que consumaron esta trasmisión. En todos tiempos se ha notado que ese ardiente celo de religion que impele á convertir á los demás, es mas vehemente en las mujeres que en los hombres. ¿Será que por efecto de su debilidad se aferren con mas empeño á las ideas sagradas, que realmente son un punto mas de apoyo para el alma? ¿Será que la imaginación de la mujer, mas viva que la del hombre, se inflamara con mas energía por lo tocante á objetos que están fuera de la naturaleza, y algunas veces hasta fuera de los límites normales de la razón? Tal vez el convencimiento religioso estará enlazado en los hombres mas íntimamente con la razón, y en las mujeres dependerá del sentimiento. Tal vez considerando las mujeres la religion como un nivelador universal, se acogen á ella como á un punto de defensa, como á un contrapeso de la debilidad contra la fuerza; ó por último, tal vez estimuladas por el deseo de subyugar, pretenderán ejercer su predominio sobre lo que hay mas libre, sobre las opiniones y sobre las almas.

De todas maneras es evidente que las mujeres, dedicando al servicio de la religion hasta los encantos de su sexo, contribuyeron en gran manera á la propagación del cristianismo. Así fué como Francia, Inglaterra, parte de Alemania, la Baviera, la Hungría, la Bohemia, la Lituania, la Polonia, la Rusia, y durante algun tiempo la Persia, recibieron el Evangelio, y la Lombardía y España renunciaron las opiniones del célebre herejarca Arrio.

Influyó, pues, el celo religioso de las mujeres en gran parte del mundo durante aquellos siglos tenebrosos. No creemos necesario el detenernos á repetir los nombres de las que mas sobresalieron en prestar ese eminente servicio á la humanidad, y nos contentaremos con indicar cuál fué el género de mérito que las distinguió, y por el cual recibieron tan distinguidos aplausos, así en su siglo como en los posteriores.

Echemos una mirada sobre aquella época de la invasión

de los bárbaros y examinemos los cambios que produjo en las costumbres.

Jamás se ha verificado en el mundo revolucion mas particular. Salvajes fueron los que con el incendio y la matanza trajeron á Europa el espíritu de galantería que aun hoy vemos dominar en ella. El sistema que como punto de honra nos impone el tributar respetuoso rendimiento al sexo débil; esa galantería, freno de malos instintos, estímulo de acciones heroicas, no la recibieron nuestros antepasados de la cultura de la Grecia, ni de Roma, sino de las bárbaras hordas que habitaban en las orillas del mar Báltico y en los sombríos bosques de las regiones australes.

Repartiendo, digámoslo así, su existencia, aquellos salvajes entre la caza y la guerra, solo por el amor se dignaban domeñar el incontrastable espíritu de su ferocidad. La mujer era entre ellos el precio del valor, y para hacerse propicia su voluntad se lanzaban con furia á los combates, ó arrosaban peligros superiores á la humana condicion. La espada era la ley suprema; pues si el capricho femenino concedía por rara escepcion su favor al mas débil, no tardaba el rival desdeñado en turbar la felicidad de éste provocándole á combate singular. Allí fué la cuna de la caballería; allí se desarrolló un nuevo orden de ideas que trajeron el germen de la nueva civilización.

No deben admirarnos las costumbres de aquellos bárbaros. Entre hombres poco civilizados, pero reunidos en grandes masas, las mujeres ejercen naturalmente y deben ejercer el mayor predominio, pues á su propia fuerza añaden la de aquellos que les sirven como esclavos. La sociedad se halla en tales casos bastante establecida para que se desarrollen ideas de preferencia; pero no lo está todavía bastante para que los sentidos se hayan debilitado, ni para que la imaginación se haya gastado por la costumbre. Aquellas almas mágicas y vigorosas, que no conocen esos placeres convencionales creados por una sociedad culta, sienten con mas viveza los placeres que nacen de la naturaleza y de las verdaderas relaciones del hombre.

Contribuía á ese rendimiento que los salvajes del Norte tributaban á la mujer, otro afecto, que en cierto modo podría denominarse religioso. En muchas de aquellas hordas dominaba la creencia de que las mujeres leían los secretos del porvenir, y en este concepto se suponía en su naturaleza algo de misterioso y divino. Acaso esta creencia sería hábilmente explotada por la sagacidad femenina que naturalmente debía sobresalir mucho entre unos guerreros tan feroces como sencillos; tal vez admirados aquellos mismos bárbaros del imperio que la beldad ejercía sobre la fuerza, explicaban esa extraña circunstancia que no podían comprender, suponiéndola efecto de un poder sobrenatural.

La idea de que la divinidad se comunica mas directamente á la mujer que al hombre, ha sido general en todos los pueblos. Entre los griegos eran mujeres las que comunicaban los oráculos; los romanos dispensaban religiosas consideraciones á las sibilas; entre los hebreos existieron las pitonisas, y en Egipto eran singularmente veneradas las mujeres que se dedicaban á revelar el porvenir. En los pueblos salvajes del Nuevo-Mundo corria á cargo de las mujeres todo lo que al parecer tenía algo de sobrenatural como la medicina, la magia y las ceremonias religiosas.

Aquellos pueblos del Norte, al inundar la Europa, trajeron, como no podía menos, sus opiniones con sus armas. No tardó en consumarse una revolucion en el modo de vivir. Los climas del Norte exigen mucha menos reserva entre los sexos. Durante las invasiones, que duraron trescientos ó cuatrocientos años, se vieron con frecuencia mujeres mezcladas con los guerreros, y aquella modestia, dulce y tímida que casi imponía como una ley á la belleza el recatarse de la vista de todos, cesó de ser considerada como un deber.

Entre los antiguos pueblos, la vida retirada de las mujeres fué por espacio de largo tiempo parte de la constitución civil, porque el Gobierno y las leyes reposaban esencialmente en las costumbres. Los bárbaros, al fundar esencialmente monarquías militares, se cuidaron muy poco de las costumbres y concedieron toda latitud á la fuerza. La mezcla de los conquistadores con un pueblo corrompido que tenía todos los vicios de su prosperidad antigua y de su desgracia presente, debió contribuir también á imprimir austeridad en el nuevo orden social.

(Se continuará.)

CURIOSIDADES.

Una población de 800 habitantes, sin mas vivienda que una casa, es ciertamente una curiosidad que habria admirado á nuestras antepasados, y que si hoy apenas llama la atención, no es mas que por la grandiosidad de otras maravillas que con mas justos títulos absorben nuestra inteligencia.

Esa casa-pueblo, á que consagramos estos cuatro renglones, no por ser la única, sino por ser la primera cuya descripción nos viene á mano, es la *Joya*, situada en la Baja California y compuesta de un solo edificio cuadrado, construido de ladrillos cocidos al sol, y midiendo en cada una de sus fachadas 450 piés de longitud.

El edificio no tiene puertas, y se compone de tres pisos, de los cuales cada uno se retira doce piés de la línea de estension del que lo sostiene, formando por consiguiente la planta baja una azotea ó corredor que da vuelta á toda la construcción. No se puede subir de un piso á otro sino por medio de escalas de mano, que tambien sirven para descender á un gran patio interior formado por los cuatro lados del cuadrado.

Al ponerse el sol, los habitantes retiran las escalas, y la población viene á quedar convertida en una especie de ciudadela, muy difícil de ser asaltada por parte de los indios. Tampoco es posible entrar en los departamentos ó habitaciones que ocupa cada familia, sino por medio de escalas y escotillones practicados en el suelo de la azotea de cada piso. Las ventanas son tan pequeñas, que sin exageración podrian llamarse troneras. Todos los pueblos ó aldeas de la península Californiana, están edificadas del mismo modo, muchos de ellos no tienen mas que un edificio de un solo piso; algunos dos y unos pocos cuatro.

Compréndese desde luego, que este medio de construcción ha sido adoptado para librarse de los imprevistos ataques de los indios; pues una vez levantadas las escalas, queda convertido en una verdadera fortaleza.

La capital de todos estos pueblos, la ciudad denominada La Paz, cuenta con una población de mas de 10,000 habitantes que diariamente se va aumentando. Su puerto es magnífico y solo cede en estension al de New-York ó al de Constantinopla.

La posición de la ciudad, en especial por el lado del mar, es de las mas pintorescas y presenta un encantador panorama, cuya belleza acaba de realizarse por la exuberancia de la vegetación tropical de los jardines que la rodean. Sus casas están edificadas con gusto, y sus calles son regulares, y se presentan llenas de animación. La circunstancia de hallarse edificada en el magnífico anfiteatro que junto al mar forma el fértil valle de Todos Santos, cerca de las pesquerías de perlas y de coral, y á dos pasos de las montañas inagotables en metales de toda especie, promete á esta ciudad convertirla en centro mercantil del Océano Pacifico. Pero tambien es cierto, que en tanto que dependa del Gobierno de Méjico, no llegará La Paz á ese brillante destino sino caminando á paso de tortuga. La arbitrariedad con que cada Gobernador sube ó baja los aranceles, es causa de que las naves no vayan á desembarcar sus cargamentos á puertos determinados, y no sería la primera vez que un buque europeo ha retrocedido á Valparaíso ó á las islas Sandwich á esperar la caída del Gobierno Mejicano, y por consiguiente la baja de los derechos aduaneros. Echase de ver cuán perjudicial debe ser semejante sistema á la prosperidad de la Capital de la California española y cuán fácilmente se remediaría si aquella península viniera á caer en manos de los anglo-sajones. (*Mittheilungen.*)

PESCA DE PERLAS.

Al pié del Cabo Pichilingue, y al borde de las islas, islotes y estrechos inmediatos, es donde se pescan las perlas, de que por decirlo así, está empedrado el fondo del mar. Esta pesca y la del coral, practicadas simultáneamente desde el descubrimiento del golfo que lleva aquel nombre, han producido riquezas que sería imposible de todo punto pretender enumerar, pero que en algun modo pueden apreciarse diciendo que pasan de 200 los barcos que anualmente vienen á tomar parte en aquella pesca; que muchos de ellos se retiran con el valor de mas de un millon en perlas y que

una ganancia de 200,000 francos, es considerada como el resultado de una mala campaña.

No se hace en aquellas aguas la pesca de perlas por medio de campanas de buzo como en otros puntos; porque no lo permiten las muchas vegetaciones de coral que cubren el fondo. Los pescadores, que por lo regular son indios, se sumergen simplemente y van á buscar el precioso marisco á 40 ó 50 piés de profundidad. Arrojanse al mar enteramente desnudos, llevando una especie de canastillo de alambre atado á la cintura y un cuchillo de dos filos pendiente del brazo derecho por medio de una correa. Cuando á beneficio de este han conseguido arrancar el marisco de las rocas coralíferas, lo guardan en el canastillo; se remontan á flor de agua para respirar un momento y se vuelven á sumergir.

Casi todos estos pescadores están al servicio de ricos negociantes que explotan su valor y su salud prestándoles dinero con enormes usuras. Los tiburones que abundan en aquellas aguas cobran tambien, si así pudiera decirse, el tres por ciento anual de los infelices pescadores, pues no son menos los que devoran ó mutilan cada año.

ANTEOJO DE TIRO.

Leemos en el *Moniteur de l'Armée*: «El alcance de las armas de fuego, se ha aumentado en nuestros tiempos de una manera prodigiosa, pero en razon de ese mismo alcance la precisión del disparo deja mucho que desear, pues en las distancias franqueadas por el proyectil, puede apenas la vista llegar á distinguir el blanco. El *Mechanic's Magazine* de Londres, da la descripción de un aparato que tiene por objeto el acercar mas á la vista, marcar mas distintamente el punto á que se dirige la puntería.

Consiste el nuevo ingenio en un pequeño tubo que se coloca sobre el cañon de la carabina, y produce el efecto de un anteojo. El *Scientific American* publica el dibujo de un aparato del mismo género, mas complicado, y que viene á ser una especie de telescopio en miniatura.

PÓLVORA BLANCA.

Mientras que por todas partes se ocupan en perfeccionar las armas, no falta quien tambien se dedica á dar mas fuerza espulsiva á la pólvora. De una comunicación hecha por M. Pohl á la Academia de Viena se deduce la combinación de una nueva pólvora, que al parecer promete muy buenos resultados balísticos. Esa pólvora, que su autor denomina *blanca*, se compone de partes iguales de prusiato de potasa y azúcar, y de una cantidad algo menor de clorato y de potasa (28 partes de prusiato, 28 de azúcar y 25 de clorato). Al inflamarse esta composición, produce doble cantidad de gas que la pólvora comun, y deja muchos menos residuos que esta.

F. M.

LOS CAZADORES DE BISONTES.

CAPITULO XVI.

Una caza á las ánares.

(Continuación.)

Me limité solo á conservar mi inmovilidad de estatua en la misma posición que habia tomado desde el principio. No me atrevia ni aun á respirar por no llamar la atención de mi terrible compañero y romper la tregua que parecia existir entre nosotros.

Este *statu quo* duró algunos minutos que me parecieron horas; el perro estaba allí siempre en pié, con las manos apoyadas sobre el banco por cima de los remos. Permanecía inmóvil, con los ojos torbos y fijados en mí, sin persistir, sin embargo, tanto como antes. Varias veces creí verle dispuesto á lanzarse sobre mí, y al mismo tiempo que evitaba el hacer el mas leve movimiento, estrechaba mi escopeta con mas fuerza. Para colmo de desgracia percibí que la corriente me llevaba á toda marea. El viento soplabá de la parte de tierra y las ramas que cubrian mi barco hacian el oficio de vela. Me deslizaba sobre la superficie de las aguas con una rapidez espantosa.

Ya habia flanqueado el banco de yerbas y navegaba en pleno Océano, cuando con gran sorpresa descubrí unos escollos á una milla de distancia, contra los que se estrellaban las espumosas olas, saltando convertidas en polvo.

Me bastó dirigir una mirada á aquel punto para convencerme del nuevo peligro que corria sino conseguia detener el esquife; iba á ser arrojado contra el banco antes de diez minutos.

Me hallaba en una terrible alternativa; me era necesario obligar al perro á dejar la posición que ocupaba encima de los remos, ó esponerme á ser precipitado contra los escollos. Esta última alternativa era una muerte cierta é inevitable; la otra ofrecia alguna esperanza, y volviéndome la necesidad parte de mi energía, me decidí por el ataque.

No sé si el perro conoció mi pensamiento en una de mis miradas, ó si se apercibió de que yo apretaba mi escopeta con mas fuerza, lo cierto es que manifestó algun miedo, y que inmediatamente, abandonando la posición que habia tomado sobre el banco, reculó hasta la estremidad de la canoa. Allí, no pudiendo alejarse mas, se agazapó como antes.

Mi primer impulso fué apoderarme de los remos, porque ya el ruido de los escollos mugía; pero al mismo tiempo pensé prudentemente que era mejor volver á cargar mi escopeta. Era un ensayo difícil: por eso emplee en él toda la prudencia posible.

No perdí de vista al peligroso animal; y tomando á tientas la pólvora, los tacos y el plomo, pude conseguir cargar un cañon de mi escopeta y colocar el piston sobre la chimenea.

Tenia desde entonces un medio de defensa y procedí con mayor confianza á cargar el segundo cañon, poniendo mas esmero que para el primero. El perro tenia fija y permanente su mirada en mí.

Si la hidrofobia no hubiera estinguido su instinto, no hay duda que me hubiera interrumpido en mi operación. Afortunadamente él permaneció estático hasta que los dos cañones estuvieron atacados y el piston puesto.

Los momentos eran preciosos y no habia que perderlos. Me aproximaba á los escollos; el ruido de la resaca me anunciaba su aproximación peligrosa: algunos instantes mas y la débil barquilla iba á zozobrar como una cáscara de nuez en medio de las ondas y á hacerse mil pedazos.

No habia, pues, que perder tiempo: cada minuto tenia un inmenso valor, y sin embargo, me era necesario obrar con precaución. No osaba preparar mi escopeta ni apuntar: uno solo de estos movimientos podia escitar la rabia de este maldito animal.

Alcé la escopeta dirigiendo el cañon maquinalmente. Por último, creyendo poco mas ó menos haber apuntado, disparé.

El ruido de las olas era tan fuerte que apenas oí la detonación; pero vi al perro rodar, batallando con esfuerzo, y vi un chorro de sangre en uno de sus costados. El plomo habia penetrado en su cuerpo. Esta sola herida hubiera sin duda bastado; pero para mas seguridad preparé mi arma y le aseté en los riñones un segundo tiro mas certero que el anterior. Inmediatamente cesó de moverse; el perro quedó muerto en el fondo del barco.

Arrojé mi escopeta para echar mano á los remos: aun era tiempo. El esquife, sacudido como una pluma, balanceaba ya en medio de las espumosas olas. Por fortuna, y gracias á la Providencia, el remar un poco bastó para retirarme de este mal paso. Me apresuré á alejarme de los escollos y me dirigí en línea recta á la playa.

Comprenderéis fácilmente que habia olvidado completamente mis ánares. La corriente las habia llevado sin duda no sé donde y me importaba poco el saberlo. ¿Habrian venido á ser presa de los pescados de roqueo? Esto me daba tambien poco cuidado. La sola idea que me ocupaba era la de dejar cuanto antes estos parajes, porque estaba decidido á no volver jamás á la caza de los ánares-caballos en compañía de un perro desconocido.

CAPITULO XVII.

Cacería á la vigoria.

Durante nuestra marcha del día siguiente experimentamos el desagradable acontecimiento de que se rompiera la lanza de nuestro carro, y esto nos hizo perder cerca de cinco horas.

Cerca del paraje donde nos ocurrió este incidente habia un gran bosque de nogales salvajes, y Jack, ayudado por Redwood, Ike y Lanty, logró muy pronto arreglar otra lanza, que era mas sólida que la primera. No pudimos viajar aquel día mas que desde el medio día hasta el oscurecer;

por eso cuando nos detuvimos para armar nuestro campamento, apenas habíamos andado diez millas.

¡Cosa extraordinaria! No se había presentado durante nuestro camino ni el mas pequeño animal ni el ave mas infima que pudiesen servir de testo á nuestra conversacion de la noche. No faltaban, sin embargo, motivos de conversacion, y nuestro camarada el inglés se nos anticipó para hacer la relacion de una cacería á la vigoña con todos los detalles de su permanencia de una semana sobre los altos riscos de las montañas de los Andes en el centro del Perú. Nos dió tambien, sobre las diferentes especies de este animal, llamado lamas ó carnero-camello del Perú, numerosos detalles, que interesaron en el mas alto grado, no solamente al viejo naturalista, sino tambien á los montañeses nuestros guías, que desconocian enteramente esta caza de nuevo género, como igualmente los medios empleados para cazar este animal.

Thompson empezó en estos términos:

«Cuando Pizarro y los españoles que le acompañaban llegaron á la cima de los Andes del Perú, experimentaron una admiracion sin igual al ver algunos cuadrúpedos que no conocían, algunos carneros-camellos, como los llamaban á causa de su semejanza con estos dos animales. Habia allí algunas lamas domésticas que llevan los bagajes, y algunas alpagues mas pequeñas que las de la especie, encerradas en corrales como las ovejas, y bien cuidadas á causa de su rico vellon.

Ellos distinguieron además en el estado salvaje otras dos especies de animales de la misma familia que vivian en medio de las gargantas de los valles inhabitados de esta cadena de montañas. Eran la vigoña y el guanake.

Hace aun poco tiempo que se habían imaginado que el guanake era la lama en estado salvaje; otros aseguraban que era la lama ya libre. Pero nada de esto tiene fundamento. Las cuatro especies de esta familia de animales, la lama, el alpague, el guanake y la vigoña, son enteramente distintas unas de otras; y aunque no es posible enseñar al guanake á hacer el oficio de animal de carga, los servicios que hace no valen el trabajo que se tomaria en esta educacion.

El guanake no se somete jamás á estos trabajos domésticos; á causa de su vellon se le encierra en corrales y se les lleva á pastar como se hace con las ovejas; su lana es preferible á la de la lama.

El guanake es quizá el menos apreciable de los cuatro, porque su vellon no vale mucho, y su carne no es muy buena. Al contrario, la vigoña da un vellon muy codiciado y que en las ciudades de los Andes se vende cinco veces mas caro que la lana del alpague. Los ponchos que se fabrican con este producto animal se venden á un precio fabuloso, de 20 á 40 guineas. En las cordilleras los ricos propietarios se cubren las espaldas con estas capas de forma estraña, cuya calidad es tal, que la lluvia nos los cala; por eso es un motivo para hacer ellos alarde de su riqueza cuando pueden vestir un poncho semejante. En todas las clases de la sociedad los perubianos poseen un poncho como en los Estados-Unidos ó en Europa; cada individuo se abriga con una capa ó un paletó; pero este traje en las clases pobres, como los labradores, pastores y mineros indios, son tegidos de vellon de lama, rudos y poco sedesos. Solamente los ricos pueden gastar un poncho elegante de lana de vigoña.

Atendido el considerable comercio que se hace de esta lana, cuya finura no tiene igual, el animal, como puede pensarse, se ve perseguido por un sin número de cazadores, para quienes una feliz cacería viene á ser un manantial inagotable de riqueza. En varias regiones de los Andes hay algunos cazadores de vigoñas que no tienen mas ocupacion que esta. Se encuentran tambien á menudo algunas tribus de indios que todos los años hacen, durante algunos meses, la caza á las vigoñas y á los guanakes. Internándose mas al Sur del lado de la Patagonia, se hallan tribus enteras que solo viven de la caza de los guanakes, vigoñas y rkeas, especie de abestruces de la América del Sur.

No es una cosa fácil la caza de las vigoñas, y el que quiera dedicarse á ella debe ir resignado á internarse en las

comarcas mas frias de los Andes, lejos de toda civilizacion y privados de todas las comodidades de la vida. Le es necesario unas veces acampar al aire libre; otras acostarse en el interior de una gruta ó al abrigo de una tosca cabaña que se ve obligado á construir. El clima, á cuya intemperie se ve él mismo en la dura necesidad de someterse, es tan gla-



Tipo del soldado del Ejército del Sur en la república de Méjico.

cial como el de la Laponia, y no encuentra en parte alguna la mas leve tarcina con que encender lumbre. ¿No se ve forzado siquiera á hacer cocer su alimento, á encender los escrementos secos que encuentra diseminados sobre las alturas donde pacen las vigoñas?

Si la suerte no le favorece sufre á menudo las angustias del hambre, y no puede apagarla mas que alimentándose de raíces y huyas, de las cuales hay algunas especies raras, el tubérculo llamado *maca*, entre otras crecen afortunadamente en estas regiones elevadas. Se halla además espuesto á los peligros de un camino lleno de precipicios; á los riesgos de un puente compuesto de un madero suspendido sobre un abismo; á los obstáculos de un paso resbaladizo; á los torbellinos de un torrente impetuoso, que una borrasca de una hora atrae inopinadamente al medio del sendero, el solo practicable, en cuyo centro él se halla. ¡Cuántos peligros amenazan al cazador en medio de los Andes, compuestos de precipicios eminentes y de picos nevados!... Es una vida sembrada de obstáculos, á la cabeza de los cuales se presenta la muerte.

En la época de mi viaje al Perú, uno de mis proyectos era hacer por recreo una cacería á las vigoñas. Quise satisfacer mi deseo, y para ello salí una mañana de una de las villas de las sierras bajas para subir á las alturas de los Andes en los parajes conocidos con el nombre de Puna, y calificados del epíteto *Despoblado*.

Llegué por fin á la cumbre de las cordilleras en la entrada de una llanura inmediata á un paso erizado de obstáculos á lo largo de una sima profunda. Este pasaje estaba situado á 12 ó 14,000 piés sobre el nivel del mar; y yo, que por la mañana habia salido de los valles fértiles en que crecen los naranjos y las palmeras, me encontré en una region glacial y estéril. Por todas partes se levantaban ante mi vista peladas montañas, unas áridas y formadas de una piedra negra, muchas veces salpicadas de nieve, y las otras

ofreciendo á la vista ese color verdoso propio de los peñascos, sobre los cuales se ha derretido la nieve. La llanura que estaba ante mi vista parecia prolongarse algunas millas de una manera circular. Era una superficie llana, accidentada aquí y allí por algunos peñascos semejantes á una ola prolongada en medio de un mar unido. Figurémonos un terreno nivelado y separado de distancia en distancia por hervorizaciones volcánicas de varias dimensiones.

Estas mesas, pues, así las llaman, son demasiado frias para ser cultivadas. No puede nacer en ellas mas que la cebada y ciertas raíces originarias de las regiones árticas. El suelo está cubierto de una yerba llamada la *icha*, que sirve de alimento á las lamas. Estas mesas son frecuentadas por los perubianos como un paraje de recreo y admiracion. Nada hay mas curioso que ver aquellos rebaños medio salvajes de alpagues y de lamas hembras, rodeadas de hijuelos obedeciendo á un pastor, cuyo aspecto es mas extraño aun que el de los cuadrúpedos que le rodean. Estos raros animales pueden solo animar el panorama salvaje de este país perdido. En los aires cierne el buitre gigante y el condor, que se abaten sobre un pico escarpado. Aquí y allá, sobre una roca que la abruga de la furia de la intemperie, se eleva la choza del baquero, hecha de barro: el pastor de estos rebaños, que no marcha jamás sin ir acompañado de varios mastines intratables, y cuya mordedura es de las mas peligrosas, son los únicos indicios de habitaciones ó de seres vivientes que se encuentran allí en el circuito de mas de cien millas. Esta tierra inculta, colocada por la naturaleza en la cima de las montañas de los Andes, es llamada, como ya hemos dicho, Puna por los naturales.

Allí viven particularmente las vigoñas, y allí se encuentra tambien el cazador que las hace una guerra porfiada. Me habian recomendado á uno de aquellos *Nemrods*, perubianos, y despues de haber pernoctado en una cabaña de pastor, marché muy temprano para hallar un hombre á 10 millas mas lejos en el corazon de las montañas.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en fin del presente mes, se servirán renovar en tiempo oportuno, á fin de que no sufran retraso en el recibo del periódico, en el concepto, de que las suscripciones dejarán de servirse precisamente el día en que terminen los abonos.

CONDICIONES Y PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EL PANORAMA UNIVERSAL, Mundo Militar, sale todos los domingos. Cada número consta de 24 columnas de lectura en ocho páginas de 4 3/4 centímetros de largo y 25 de ancho.

PRECIOS.

En España.

1 mes.	10 reales.
3 id.	28
6 id.	57
1 año.	96

En la Habana y Puerto-Rico.

6 meses.	100 reales.
1 año.	190

En Filipinas y el extranjero.

6 meses.	140 reales.
1 año.	260

Se suscribe en Madrid en la Administración, calle de San Bernardino, núm. 7 y en las librerías de Moro, Puerta del Sol; Durán, calle de la Victoria; Bailly-Baillière, calle del Príncipe; Lopez, calle del Carmen, y Olamendi, plazuela de Poncejos.

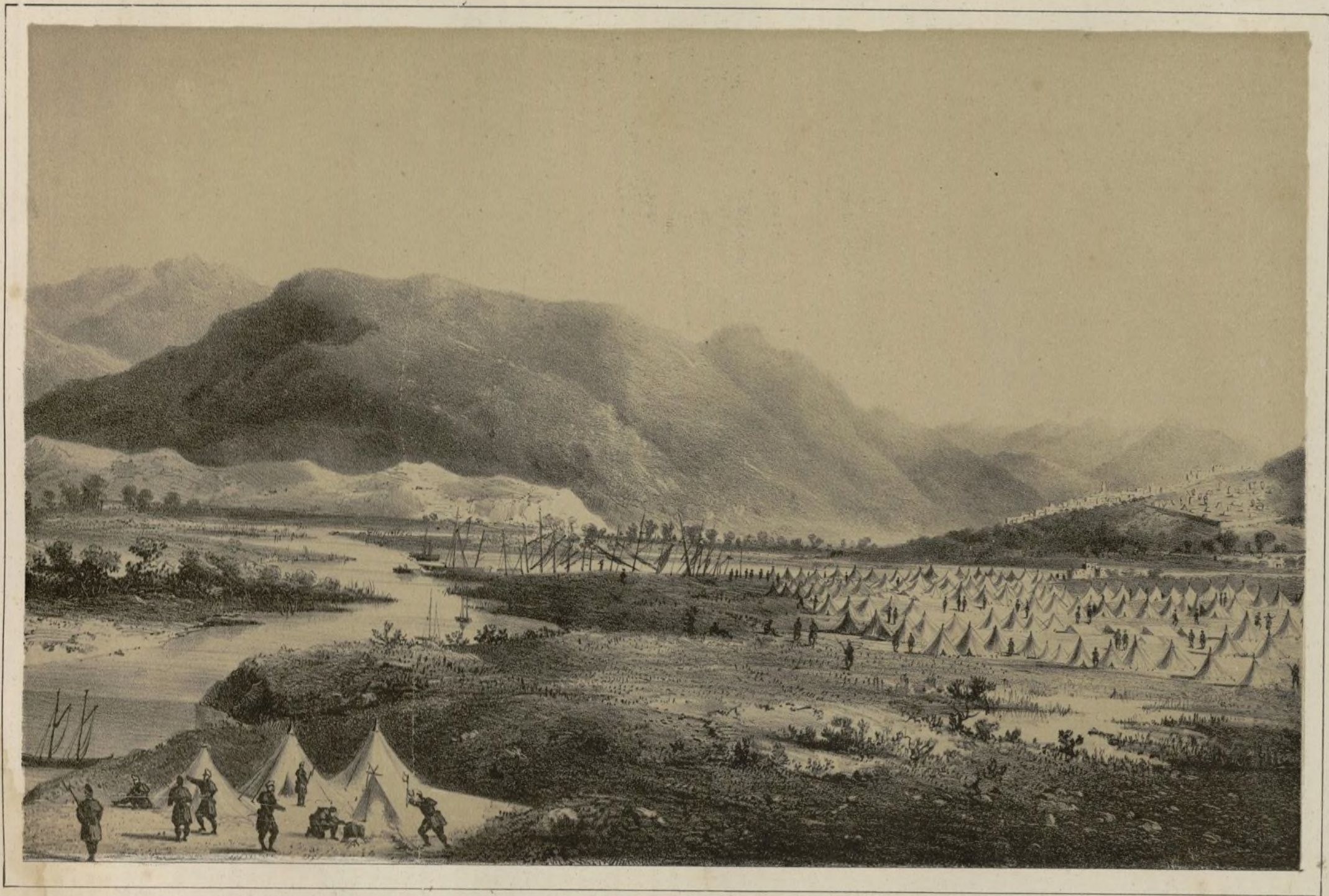
En provincias en casa de los Sres. Habilitados de los cuerpos. Nota. En provincias no se admite suscripcion por menos de tres meses. Otra. No se servirá suscripcion alguna, bien sea hecha directamente, bien por medio de los correspondientes, á cuyo aviso no se acompaña el importe. Los números sueltos se venderán á 4 rs.

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYTIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.
Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1862.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.

ALBUM DEL PANORAMA UNIVERSAL



F. P. de Castro. Dib. y lit.º

Litografía Militar S. Bernardino I. Madrid.

VISTA DE LA RIA Y CAMPO DE TETUAN